

CASTALIA

SEMANARIO ILUSTRADO.

DE LITERATURA, ARTES É INTERESES MORALES Y MATERIALES DE CASTELLON Y SU PROVINCIA

Director: **CARLOS LLINÁS**

TOMO I.

CASTELLON 1.º DE AGOSTO DE 1886

NÚM. 2



D. FRANCISCO RIBALTA

† en 14 de Enero 1628.

LOS HIJOS DE CASTELLON

D. FRANCISCO RIBALTA.

Antes de que este gran artista abriera sus ojos á la luz de la vida, la pintura habia tomado ya alto vuelo en las regiones del Turia. El fundador de la Escuela Valenciana, el insigne Juan de Juanes, eleva el arte á un grado de esplendor máximo; pero sus discípulos faltos de génio, lo bastardean, y no hacen otra cosa que perder la correccion del dibujo y la sublimidad de expresion del maestro. Pero nace Ribalta, parte á Italia, excitado por el amor de una mujer, inspírase en los grandes artistas del renacimiento, y ya pintor afamado, vuelve á su patria, y regenera la Escuela, imprimiéndole nuevo carácter con su vigoroso estilo y potente colorido.

Nació nuestra artista en la parroquia de San Nicolás, de esta ciudad, siendo bautizado en la Iglesia Mayor el día 2 de Junio de 1555 (1) Fue hijo de Pedro Ribalta, no constando en la partida de bautismo el nombre de su madre, defecto bastante comun en aquel tiempo. Pero haciendo investigaciones acerca de esto en el archivo Municipal, hemos logrado averiguar que quizás fuera *Castell* el segundo apellido de Ribalta; pues en el *Llibre de compres y vendes de la peyta de la vila de Castelló fet en l' any 1569* consta que en el año 1567, Berenguer Castell, suegro de Pedro Ribalta, le donó á este ciertas tierras de la partida de Almalatá y otras de viña y algarrobal.

Los padres de Ribalta, labradores acomodados, (2) le dieron la educacion correspondiente á su clase; pero habiendo advertido en él, gran inclinacion á la pintura, para no contrariar su voluntad, le mandaron á Valencia á estudiar, no siendo muy grande, á decir verdad, los adelantos que en un principio hizo.

Su maestro tenia una hija muy linda, llamada Isabel, de quien se enamoró ciegamente Ribalta, pidiéndola á su padre; mas este se la negó, diciendo que deseaba casar á su hija con un gran

(1) Hállase la partida en el Archivo parroquial en el primer tomo de bautismos que comprende 1542 á 1563 al folio 192, y dice así: «A 11 de juni y foch fonch (sic) batejat frances ribalta fill de pere ribalta, padri lo sor. andreu coll notari, madrina monserrata pinella y de museros.»

(2) Al final de este artículo encntrarán nuestros lectores una relacion de los bienes que poseia el padre de Ribalta en el año del nacimiento de este. 1555.

artista, y que él distaba mucho de serlo, por desaplicado y calavera.

Picado en su amor propio, dotado además de cualidades eminentes, fuerte en la voluntad, precoz en el talento, activo con el noble afan de renombre, decídese á marchar á Italia, en cuyo pais alcanzaba el arte su mayor apogeo de gloria y esplendor.

Ir á Italia á admirar las maravillosas obras de Miguel Angel, Rafael, Leonardo de Vinci, Ticiano, Correggio, etc., era el sueño dorado de todos los artistas, y nuestro Ribalta no podia sustraerse á la poderosa influencia que el renacimiento italiano, cual encantadora sirena, ejercia en todos cuantos navegaban en el dilatado piéago del arte.

Estraordinarios y sorprendentes fueron los progresos de Ribalta en Roma, en donde hizo un profundo estudio de las obras de los grandes maestros, muy particularmente de Rafael, los hermanos Caracci y Sebastian del Piombo, de quien copió casi todas sus composiciones.

Una vez perfeccionado en el arte, y habiendo adquirido fama y celebridad en las orillas del Tíber, regresó á Valencia, presentándose de improviso en casa de su antiguo maestro, que por casualidad estaba ausente. Entró en el estudio, y vió sobre el caballete un cuadro recientemente bosquejado, que representaba la Virgen y el Niño. Tomó la paleta y los pinceles, corrige lo que de material y pesado tenian los contornos, y sumiéndose en la vision celeste de las obras de Rafael, le coge un rayo de su génio, haciendo resaltar á cada una de sus pinceladas la cándida fisonomía de la Virgen Maria, el rostro divino de su Hijo.

Ribalta siguió pintando dos horas sin descansar.

Isabel, de pié detras de él, seguia con los ojos su trabajo, inmóvil y silenciosa, admirando y respetando aquella prodigiosa inspiracion del génio.

De repente oyénse pasos en la escalera: era su padre que subía. Ribalta deja los pinceles y se esconde. El maestro entra en su estudio, dirige maquinalmente la vista á su cuadro bosquejado y quedó estático, absorto de admiracion al ver una obra tan perfecta y tan maravillosa. Dirígese á su hija y poseído del mayor entusiasmo, le dice: —Con un artista como el que ha pintado esas dos

figuras, que
aidoso de I
testó la jó
pintado.

Esta av
y el matrin

Muy po
gran fama
en todo el

El Arzo
mandó pint
gio de Corp
San Andre
y en la de
con quien e
que le haci

Fué tal l
te Caracch
cia para ve
sacó una c
neras de M
no pudo lle
tándose en

Dada la l
enriqueció
Valencia, a
Madrid, Ca

Las fran
dencia, no
dades, dos
brazos: Sa
Santo Dom
mos hablad
Louvre; per
en 1815.

Sobresale
estudio de l
en el dibuj
bleza y gra
res. Su mo
sus a grup
resaltan la
se á estas
maltado y d
ces, y se co
celebridad a

En 1537
Juan, que f
empezando

figuras, quisiera que te casaras, y no con ese vanidoso de Ribalta.—Precisamente, padre mio, contestó la joven; és el mismo Ribalta el que las ha pintado.

Esta aventura divulgóse extraordinariamente y el matrimonio quedó verificado á los pocos dias.

Muy poco tiempo pasó en adquirir Ribalta gran fama y reputacion, tanto en Valencia como en todo el reino.

El Arzobispo de Valencia Juan de Ribera, le mandó pintar la Cena del altar mayor del Colegio de Corpus Cristi, y retrató en la cabeza de San Andres al venerable hermano Pedro Mañez, y en la de Judas á un zapatero llamado Pradas, con quien estaba enemistado por la mala vecindad que le hacia.

Fué tal la celebridad de este cuadro, que Vicente Carducho hizo un viaje espresamente á Valencia para verla, y le causó tanta admiracion, que sacó una copia para el convento de Monjas Carbenas de Madrid; pero apesar de todo su talento, no pudo llegar á la perfeccion del original, notándose en éste más correccion y suavidad.

Dado Ribalta de una actividad asombrosa, enriqueció con sus obras todos los conventos de Valencia, así como tambien Castellon, Sagorbe, Madrid, Caragante, etc., como veremos despues.

Los franceses, durantó la guerra de la Independencia, no olvidaron llevarse entre otras preciosidades, dos cuadros de este artista de los más celebrados: *San Pedro*, que estaba en el convento de Santo Domingo, y el de la *Cena* de que antes hemos hablado, los cuales colocaron en el Museo de Louvre; pero afortunadamente fueron restituidos en 1815.

Sobresale en las obras de Ribalta, un profundo estudio de la anatomía y una perfecta correccion en el dibujo, dando á las figuras un aire de nobleza y grandiosidad poco comun en otros pintores. Su modo de componer es espontáneo y sábio, sus agrupaciones felicísimas, y en todas sus obras resaltan las dotes del artista de génio. Agréguese á estas cualidades un colorido vigoroso y esmaltado y de suma transparencia las más de las veces, y se comprenderá cuán justa es la fama y la celebridad adquirida por el gran Ribalta.

En 1537 tuvo en Valencia un hijo llamado Juan, que fué tan excelente pintor como su padre, empezando á distinguirse desde muy temprano;

pues á los diez y ocho años, pintó para el Monasterio de san Miguel de los Reyes el gran cuadro de la Crucifixion del Señor, que causó la admiracion y el entusiasmo de los inteligentes. Este cuadro que se halla en el Museo de Valencia, está firmado de la siguiente manera: *Joannes Ribalta pingebat et invenit 18 ætatis suæ anno 1615.*

Con mucha frecuencia suelen confundirse las producciones del padre y del hijo: pues ambos pintaban con igual talento y maestría. Algunos, sin embargo, creen ver en las del hijo más soltura en el dibujo y más suavidad en el colorido. Palomino dice que la manera del padre fué más definida, y la del hijo algo más suelta y golpeada.

Murió Francisco á los 73 años de edad, el día 14 Enero de 1628. Su hijo Juan le sobrevivió poco, falleciendo el mismo año el día 10 de Octubre, cuando apenas tenía 30 años. Gran pérdida fué para el arte; pues hubiera llegado sin duda á ser uno de los primeros artistas de España. En el poco tiempo que vivió, enriqueció á su patria con gran número de excelentes obras, tales como 31 retratos de valencianos ilustres, la Crucifixion de que antes hemos hablado, San Pedro, San Diego, el buen Ladron, San Elias y otras muchas.

Juan A. Balbas.

Concluirá.



Historia de una guzla.

Continuacion.

II.

Allá por los tiempos en que transcurría la presente narracion alzabase junto á la desembocadura del Guadalquivir, y casi lamido por las azuladas ondas del Mediterráneo, un pequeño grupo de miserables cabanas, albergue de un buen número de familias que vivían de los productos de la pesca y demás industrias propias de los habitantes de las playas.

A la caída de la tarde de un frío día de otoño (hora en que dá principio este segundo cuadro de la leyenda) cuando el sol entre celajes de ópalo y oro se hundía tras las lejanas montañas que con sus crestas limitaban el horizonte, los pescadores

habitantes de aquella mísera aldea, extendían sobre la amarilla arena de la playa sus húmedas redes, y se preparaban á poner en seco sus frágiles barquillas que todavía parecían mas pequeñas á la vista de las galeras del rey de Valencia, que mas adentro y con las velas recogidas balanzaban sobre las espumosas aguas sus colosales castillos de popa.

Por el oriente y tras la azulada sábana del mar veíanse aparecer al mismo tiempo que las tenebrosas sombras de las noches, algunos negros nubarrones que anunciaban una cercana tempestad; y por esto mismo los pescadores se daban prisa en concluir sus tareas para encerrarse bajo los pajizos techos de sus cabañas.

Cuando ya todas las barcas despues de no pequeños esfuerzos, descansaron sus quillas en la playa, aquellos míseros hijos de la costa hincaron las rodillas en la arena, y con la vista fija en las rojizas nubes que delataban en el horizonte el lugar por donde acababa de desaparecer el astro del día, recitaron la oracion del *ahuagrib* ó sea la de la puesta de sol.

Despues de esto cada uno se dirigió á su vivienda y ya se disponían todos á encerrarse en ellas cuando vieron aparecer á un jovenzuelo de modesto traje y fuerte ballesta que con voz melancólica al par que firme les dijo:

—¡Alah os guardel pobres pescadores. El cielo anuncia tormenta, y como no tengo en el mundo parientes que me socorran ni casa que me guardezca, vengo á implorar de vosotros la hospitalidad. ¿Sereis tan buenos creyentes que me la concedereis?

—Entra en mi choza, mancebo, —le gritó el mas anciano de los pescadores— pues aunque pobre se socorrer á los desgraciados. En mi vivienda encontrarás la hospitalidad que deseas y que Alah permita venga contigo su bendicion.

Al escuchar estas palabras, el mancebo penetró tras el viejo en la cabaña de este, y todos los demás pescadores encerráronse en las suyas mientras que el cielo comenzaba á oscurecerse.

El interior de la vivienda en que el joven acababa de penetrar, era pobre y hasta mísero, pues todos sus muebles y adornos consistían en objetos pertenecientes al oficio de su dueño.

Así que el recién llegado, el viejo, y dos vigorosos moztones hijos de este estuvieron sentados

en derredor de un buen fuego que en uno de los ángulos de la choza ardía, una viejecita esposa del pescador sirvió á todos ellos una cena compuesta en su mayor parte de peces, algunas horas antes todavía vivos y libres en su elemento.

Durante algun tiempo reinó en la estancia ese silencio propio de los momentos en que se satisfacen las necesidades del cuerpo, pero cuando los estómagos se encontraron repletos todos se sintieron con ganas de conversar y el pescador con esa franqueza propia de los rudos hijos de la costa comenzó diciendo á su huésped.

—¿Quién eres tú mancebo?

—Yo —contestó este— soy un desdichado que se encuentra solo en el mundo.

—¿Y no has conocido jamás á los tuyos?

El joven al escuchar estas palabras estremeiose, las lágrimas asomaron á sus ojos y dijo con voz ronca.

—He conocido muy poco á los que me dieron el ser, y solamente ha sido mi verdadero padre y mi guia en este mundo un hermano que tenía y el cual murió no hace muchos años.

—Triste es en verdad, que muriera el último pariente que tenías.

—¡Oh! anciano, pero es mucho más triste de la manera que alcanzó la muerte.

¿Os estrañan á todos estas palabras? Pues escuchadme algunos instantes y juzgareis de la verdad de ellas.

Los tres pescadores al oír esto agrupáronse en derredor del joven vagabundo que comenzó su relacion de esta manera.

—Mi padre no fué otro que un hombre tan rico de imaginacion y valor como pobre de dinero, que allá en sus mocedades había corrido los reinos musicnicos de pueblo en pueblo y de castillo en castillo cantando al son de su guzla las armoniosas trobas que su fecundo númen le inspiraba.

Cuando la nieve de los años comenzó á blanquear su cabellera y yo apenas contaba seis años, como efecto de su vida hasta entonces errante y aventurera, el espíritu de la dolencia apoderose de su cuerpo de tal modo, que al poco tiempo el arcanjel de la muerte le arrebatava á las oscuras regiones de las cuales ya jamás se vuelve.

Al morir mi padre, mi único hermano llamado Mahomed que por entonces contaba unos diez y

seis años, en una vida tan escasa que hasta para la guzla de este no me atender á su

Y de esta manera los dos y habiendo sido una aventurera como yo, es cantar desde

Pero el espíritu de aquella frateridad encendió en él un fuego que causó su muerte.

Un día por donde yo vi desahogado el otro de Nohem, Valencia, y cuando me acordado de aquel parable con l

Continuará.

Capítulo pri

—Buenos

—Muy bu

—¿Tienes

—Ahí vá

—Gracias

—No; per

anden reñido

—Así me

—Adios.

La pareja tagarnina si en la aldea donde de presuntu deanos.

María y E plática, mientras ésta se hacía un momento un pu

ciendo como

seis años, encargose de mi y la imaginacion no escasa que había heredado del muerto junto con la guzla de este le dieron mas que suficiente para atender á su subsistencia y á la mia.

Y de esta manera pasaron los años felices para los dos y haciendo aquella vida tan errante y aventurera como la del pájaro cuya sola mision es cantar desde que nace el sol hasta que muere.

Pero el espíritu del mal causóse sin duda de aquella fraternal felicidad en que vivíamos, y encendió en el pecho de Mahomed una pasion que causó su muerte y mi desgracia.

Un dia por una casualidad que ignoro, pudo ver desnudo de tocas y alquicel, el hermoso rostro de Nohemia la hija del Kadi de los kadies de Valencia, y desde aquel instante sintióse enamorado de aquella mujer cuya belleza solo era comparable con la de las húrries del profeta.

Vicente Blasco Ibañez.

Continuará.



Un accidente.

Capítulo primero de una novela pensada y no escrita.

Conclusion.

—Buenos dias, Frasquito y la *compañía*.

—Muy buenos, caballeros.

—¿Tienes hambre?

—Aíí vá.

—Gracias amigo. ¿Habeis hecho las paces?

—No; pero aunque mi padre y el Molinero anden reñidos, ésta y yo nada tenemos que ver.

—Así me gustan los hombres. Pasario bien.

—Adios.

La pareja se alej; el cabo saboreando una tagarnina sin la que pocas veces entraba en la aldea donde tenía la novia, y que le daba fama de presuntuoso ó *presuntío* que decian los aldeanos.

María y Frasquito siguieron engolfados en su plática, mientras en la vía y en el punto en que ésta se hacía invisible, se dibujaba sobre el firmamento un punto negro que poco á poco fué creciendo como la mancha de aceite sobre el papel

hasta ponerse como de relieve sobre el fondo azul. Una pequeña nubecilla empezó á destacarse de la parte superior de la mancha.

Por la senda y al otro lado de la vía de donde se hallaban los enamorados, venía un hombre que al divisarlos apresuró el paso suspendiendo unas seguidillas que cantaba.

Un agudo silbido hendió el aire, y el tren, que dejando la forma de mancha ya se dejaba ver tal cual era, avanzaba velozmente vomitando humo negruzco, que despues de dispersarse merced á la brisa, caía sobre la llanura donde desaparecía por completo.

El hombre llegó al fin á la via donde se detuvo para no ser atropeliado por el mónstruo de hierro que ya llegaba á aquel punto.

María y Frasquito se besaron y aquella empezó á andar en direccion á la aldea. El hombre dió un grito y.... el tren pasó silbando y arrojando bocanadas de humo por su negra chimenea.

Diez segundos despues y mientras Frasquito empuñaba la esteva mirando alejarse á María, un cuerpo sin cabeza yacía entre los rails.

* * *

Al dia siguiente «El Eco» de Secallanura publicaba la siguiente noticia en su tercera plana y despues de una gacetilla donde se quejaba al alcalde del deplorable servicio de policia local:

«Ayer arrolló el tren mixto número 164 entre »los quilómetros.... á un molinero de la vecina »aldea de los chicos, separándole completamente »la cabeza del tronco. Inmediatamente se consti- »tuyó en el lugar de la desgracia el digno juez »de esta ciudad para instruir las primeras dili- »gencias del suceso que hasta ahora presenta los »caracteres de casual.»

N. de Leyva y Vizcarro.



EN EL JARDIN.

Cuando de Abril los nítidos colores,
Las puras brisas y las frescas flores
Avivan mi pasión
Y pasan ante mí voluptuosos
Los celestes recuerdos amorosos
Hiriendo el corazón.

Entonces ¡ay! sin esperanza y calma
Entre densas tinieblas vá mi alma
Buscando luz, y al fin
Con rumbo incierto y vacilante paso,
Mientras se oculta el sol en el ocaso,
Diríjome al jardín.

Él contempló las puras alegrías,
Los santos goces y dichosos días
De breve juventud,
Y aún recuerdan sus árboles risueños,
Mi dulce calma, mis hermosos sueños,
Mi dicha y mi quietud.

Aun arranca á los bellos cenadores
El viento juguetea frases de amores
Que entonces pronuncié;
Bajo el ancho dosel verde y florido
Aun parece flotar blanco vestido,
Que nunca olvidaré.

Por eso nada más busco afanoso
En su estrecho recinto misterioso
Consuelo á mi dolor,
Pues la arboleda que en su fondo crece,
Murmura cuando el viento la estremeca
Un cántico de amor.

En el fértil jardín lo mismo medra
El amarillo musgo y verde hiedra
Que el pálido alelí;
É inspiran tal amor, hay tal frescura
Que me digo á mi mismo.... ¡Qué ventura
Si ella estuviera aquí...!

Si ella estuviera aquí, yo cogería
Esa rosa gentil que presto iría
Su frente á hermosear,

Y en la madeja rubia y vagorosa
La fragancia exquisita de la rosa
Podría yo aspirar.

Si ella estuviera aquí.... De pronto callo;
Las flores columpiándose en su tallo
Me dicen: «Soñador...»
Y me muestran entonces su orquí y nieve
Al rizar su corola el soplo leve
Del viento volador.

Un naranjo, nidal de ruiseñores,
Me envía la fragancia de sus flores
Comprendiendo mi afán,
Y me dice al oído: «Por qué lloras
Si aquellas dulces y tranquilas horas
Tan pronto volverán...?»

Un clavel sonrosado y púrpurino
Me dice con acento peregrino:
—«La amargura se vá;»—
Y el pensamiento y la temprana resaca
Me dicen á la par:—«La niña hermosa
En tí pensando está.»—

—«Si es tu vida el amor, ama, poeta;»—
Me dicen la purísima violeta
Y el pálido alelí;
Y una amapola como roja llama,
Hablando de mi amor, me dice:—«Te ama,
Te ama también á tí.»—

Dicen, y cierran su gentil capullo;
No se escucha en el campo ni un murmullo
Ni se mira una luz;
Únicamente temblorosa y bella
Vierte su resplandor alguna estrella,
Bordando el cielo azul.

Sobre el cáliz abierto de la rosa
Replega la inocente mariposa
Sus alas de carmin;
Tiende la noche su enlutado velo;
Y respirando celestial consuelo,
Bendigo mi jardín.

Lucena.

Emiliano Benages.

Los hay, m
El caracte
Hay quien
empeña en s
Quien es
Margall y c
como un Ar
El mundo
jaez.

La profes
cualquier co
violenten su
pontánea.

Un cargo,
marcar alter
ciertos indiv
guración.

Conozco m
Perico era
Pero por
cura.

Y ahí le t
buena moza,
como dicen
mo tiempo s
chan y mas
nus vobiscu

Todo un p
de un rostro
En cambi
irascible, in
afable y car

Y ahí le v
de saludos, c
cual no llega
«así reventá

De igual
huéspedes q
por lo menos
grave y seri

¿Y la pob
Julieta en
tercio, ó al c

De lo que
la Parra se
su esposa.

Los caracteres prestados

Los hay, no lo dudeis.

El carácter se presta ó se finge.

Hay quien nace para ser un Anacreonte y se empeña en ser un Catón.

Quien es inmutable y severo como un Pí y Margall y quiere aparecer risueño y juguetón como un Arderius.

El mundo está lleno de contradicciones de est-
jacz.

La profesión, el estalo, la elal, el domicilio, cualquier cosa hace que ciertas gentes fuercen y violenten su génió natural y su inclinacion espontánea.

Un cargo, una herencia, un hijo, bastan para marcar alteraciones en la faz y en el trage de ciertos individuos; que hasta ahí llega la transfi-
guracion.

Conozco muchos ejemplos.

Perico era estremadamente dado á las muger s.

Pero por razones que ignoro, Perico se hizo cura.

Y ahí le teneis que, cuando tropieza con una buena moza, sus ojos se enciende , se inflaman, como diciendole «te comería á basos»; pero al mismo tiempo sus ojos se desvian, sus narices se hinchan y mas bien parece que esté diciendo «Domini-
nus vobiscum.»

Todo un pasillo comico en el estrecho escenario de un rostro.

En cambio, Ruberto es un hombre sombrío, irascible, intratable. Y se empeña en aparecer afable y cariñoso.

Y ahí le veis con su interlocutor, colmandole de saludos, de sonrisas y de agasajos; todo lo cual no llega á impedir que su cara esté diciendo: «así reventáras.»

De igual manera que apenas hay patrona de huéspedes que no sea viuda de un comandante por lo ménos, apenas hay recién casado que no sea grave y sério aunque de soltero fuera un payaso.

¿Y la pobre mujer que asciende á gran señora?

Julietta era una modista de tres al cuarto, ó al terció, ó al quinto, que de esto no respondo.

De lo que sí respondo es de que el vizconde de la Parra se enamoró de ella y acabó por hacerla su esposa.

Y desde que es vizcondesa, Julieta, que vivía alegre, no ha vuelto á reirse jamás.

¿Cómo se entiende, reirse una vizcondesa?

Apuesto, lector, á que no has visto ninguna vizcondesa que se ria.

Y sobre todo, si es vizcondesa de la Parra.

D. Fernando entra en una tienda de óptica.

Tendero.—¿Que desaba V.?

D. Fernando.—A ver, unos lentes.

T.—¿De qué número.

D. F.—De cualquiera, es decir, de ninguno, mejor dicho, de los que usan los que tienen buena vista.

T.—Caballero, no comprendo...

D. F.—Pues sí, esos lentes quiero.

T.—Pero ¿os deseará V. de cristal de roca?

D. F.—O de cristal de vidriera, me es igual.

T.—¿Cómo es eso?

D. F.—Muy sencillo, señor. Yo veo perfectamente, pero necesito llevar lentes por que acaban de hacerme magistrado y, ya ve usted ¡que se diría de un magistrado que no llevara lentes!

Si yo soy el óptico, envío al magistrado á la guardianeria. Los lentes que él necesita me parece que son de esos que usan las mulas de noria.

Siempre se ha convenido en que Luis tiene una garganta admirable para usar camisas de cuello vuelto y descotado.

Pues el otro día le encuentro sofocado, encendido, asmático con un gran cuello, muy alto y muy cerrado. Parecía, mala comparacion, un perro rabioso con collar.

¿Saben ustedes á qué eran debidos el cambio y la sofocacion?

Pres simplemente á que al bueno de Luis le habían nombrado catedrático.

Creía él que no podía ser buen profesor si usaba otra clase de cuello; y creía además, que no sería digno del claustro.

¡Claro! Con cuello vuelto no es posible explicar bien la asignatura.

¡Jóvenes! No vayais á oposiciones llevando cuello doblado; hace perder las ideas.

Todos estos casos son rigurosamente históricos. El carácter cuesta.

Hay prescripciones ineludibles.

Un estudiante ha de ser necesariamente cala-

vera, aunque le siente mejor ser un bonachón.
¡No faltaba más!

Un militar ha de ser hosco y dominante. ¡Qué se diría sinó!

Un párroco ha de ser gordo.

Un maestro de escuela, por el contrario, ha de estar flaco.

Un *lord* viejo ha de suicidarse.

Un marquesito joven, ha de salir disipado y pródigo.

Y no hay remedio. Es preciso mostrar condiciones; es preciso estar en carácter; y el que no lo tenga que lo busque.

Ignoro si será también indispensable que el sacristan robe cera.

Y que Melgares y el Bizco asesinen.

Preveo el juicio oral á que comparezcan.

El fiscal.— Esos reos han causado muchas víctimas.

Los reos.— Señores de la Sala, ¿qué se hubiera dicho de los Melgares y Bizcos que no asesinaran? Esas víctimas eran los *lentes* de nuestro oficio.

Y casi, casi, se justifican.

Pero ya verán ustedes cómo tal juicio no se celebra y tales reos no comparecen.

Melgares y el Bizco, no serán *habidos*.

Esto también es de carácter.

Del carácter de nuestra policía.

C. Elle.



ROMPE CABEZAS

Charadas.

1.^a

Lector, para mi acomodo
uso *prima*, como hay Dios.

¿Quieres verlo? De algun modo
vente y contigo hará *dos*

Todo.

2.^a

Lleva mi *segunda prima*
mi estimada *todo* encima.



Adivinanzas.

1.^a—¿En qué se parece la rada de Castellón al
dios de la guerra?

2.^a—¿En qué se parece una puerta á una ve-
leta?



Acertijo.

Tengo un lecho suave y fiero
y nunca me alejo de él,
y cuando él me cubre, muero.



Soluciones.

A LAS CHARADAS:

1.^a—Andalucía:

2.^a—Solteron.

A LA FUGA DE VOCALES:

Debajo de tus balcones
una lápida pondré,
porque en ellos, niña hermosa,
mi corazón enterré.

A LAS ADIVINANZAS:

1.^a—En que es blanco.

2.^a—En que se mata en algunas obras.

ACERTIJO:

Aurelio.